



PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios...	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario...	Ptas. 0,25
25 » extraordinarios...	» 5	PROVINCIAS: »	» 3	Extraordinario...	» 0,50
		EXTRANJERO: año...	» 15		

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

Hoy, primer aniversario de la muerte de Manuel García (el Espartero), ocurrida en la Plaza de Madrid el 27 de Mayo de 1894, LA LIDIA publica el retrato del valiente y malogrado diestro, con la alegoría de su cogida, honrando así, en la medida de sus fuerzas, el recuerdo del inolvidable matador sevillano.

## ANIVERSARIO

DEJO á otros la tarea de inundar de lágrimas el primer aniversario de la muerte del Espartero. El recuerdo de la catástrofe del 27 de Mayo de 1894, formará hoy parte principal del programa de la prensa taurina, y el llanto de algunos sauces plúmicos, correrá amargamente como plato sugestivo del *menú*.

Yo voy á emprender otro camino, guiado por el misterioso hilo de la asociación de ideas que, según Max Nordau, tiene su fundamento en que una idea despierta siempre las mismas ideas secundarias, y se presenta á la mente como si estas últimas le acompañaran siempre.

Las filosofías del autor de *Degeneración*, y las pedanterías más, vienen á dejar sentado que la memoria de la muerte de Manuel García, va á ser, más que tema principal de estas lucubraciones de mala muerte, pretexto para ocuparme de impresiones relacionadas con la catástrofe.

¿Quién, hace hoy un año, la hubiera previsto? Todos saben lo que los toros habían castigado al valentísimo matador, cuyo cuerpo estaba acerbado de cicatrices; muchos habían pronosticado su fin desastroso, fundándose en que el desprecio absoluto de la vida traería, tarde ó temprano, la última cornada, la cogida mortal.

Los toros lo cogían en muchas Plazas; cogíanlo en diferentes suertes, y no era posible, por lo tanto, calcular los momentos del peligro grave, porque la temeridad del lidiador llevaba siempre consigo las probabilidades de un accidente.

Sin embargo, cuando llegó la tarde fatal del 27 de Mayo de 1894, ninguna desgracia había ocurrido aún en la temporada aquella, al diestro sevillano; parecía que la práctica había despertado en él cierta cautela, se mostraba más aplomado y como dispuesto á no arrostrar las consecuencias de una insensata temeridad; por lo cual, la inminencia de una cogida estaba descartada por entonces.

Salió animoso á la Plaza, se presentó lleno de vida y juventud ante aquel público que en corridas anteriores lo había maltratado despiadadamente, y que con esa impresionabilidad de niño mal criado, rasgo saliente de su carácter, deseaba el desquite del matador, para ofrecerle una función de desagrazos.

Y no había transcurrido media hora desde que Ma-

nuel, vestido de verde y oro, había atravesado el redondel á los alegres sonos del pasodoble de la banda, cuando metían en la enfermería á un pobre ser desfigurado por horrible contracción, con los brazos caídos, los ojos vidriosos y la *facies* cadavérica que anuncia la cesación de toda función vital.

— Parecía un muerto de ocho días — me decía pocos días después el doctor Ortíz de la Torre, uno de los que recibieron en la enfermería el inanimado cuerpo del matador.

Amigos íntimos é individuos de la cuadrilla, se agolparon en seguida en torno del desdichado, mientras los médicos intentaban en vano la respiración artificial. Entre los asistentes, había uno, vestido de negro, con americana corta, la cara afeitada cuidadosamente, en el cual no se había fijado nadie.

Todos seguían con anhelo creciente las labores facultativas, fijos los ojos en aquel mísero despojo humano que estaba ya rígido, inmóvil, y en quien querían sorprender un átomo de respiración, un flujo de vitalidad que comunicara remotísima esperanza á los ánimos.

— Todo es inútil — dijo una voz. — Que venga la Unión en seguida.

Y en medio de la sorpresa general, vióse al hombre vestido de negro quitarse la americana, y aparecer vestido de sacerdote, teniendo en la mano los Santos Oleos que administró en seguida al moribundo.

En la Plaza continuaba la lidia; el segundo toro embestía á los caballos, rodaban los picadores por el suelo, el público gritaba, silbaba, aplaudía, y el sol, con sus rayos primaverales, esparcía una claridad cruda sobre la arena del redondel.

A dos pasos del bulicio, entre las cuatro paredes de la enfermería, yacía un cuerpo exánime que pocos minutos antes mostrábase en la plenitud de la fuerza, y descansaba ahora para siempre en fúnebre penumbra, rodeado de un silencio mortal, solamente interrumpido por los sollozos y las oraciones.

¿Lirismo de guardarropa? No; esto no es lirismo, es un apunte de la realidad, el contraste vivo que presentan siempre las grandes desgracias. La impacable mano del Destino hiere con más fuerza, se muestra más brutal, cuando sus golpes están fuera de los alcances de la previsión humana.

El *Reina Regente* sale de Cádiz con 400 hombres de tripulación, conduciendo su exigua carga de moros que ha de entregar en Tanger como sagrada devolución. Desembarcan los marroquíes, el crucero pone proa á Cádiz, la mano del Destino desencadena un huracán, y el barco y los hombres desaparecen en el fondo del Océano, entre los bramidos del viento, el rugir de las olas y la horrible oscuridad de una noche tormentosa.

A las once de esa noche se oyen lejanos cañonazos de alarma, y mientras el crucero se hunde con toda su dotación, en Cádiz, en el Casino, se baila. ¿Quién es capaz de creer que en aquel instante se desarrolla á pocas millas de distancia el drama espantoso del naufragio? Nadie.

¡Exigir responsabilidades! ¿A quién? Tanto valdría exigirselas á *Perdigón* por haber dejado muerto en la arena al infortunado «Maolijo». ¿Quién hay capaz de

precaver las contingencias del acaso, cuando se lucha contra las fuerzas irresistibles, contra las traiciones de los toros y las traiciones de la mar?

Son cosas que ocurren fatalmente, no á menudo por fortuna, pero que tienen que ocurrir, porque el instinto de la fiera y el furor de los elementos desencadenados, no permiten impedir lo imprevisto, que será siempre un arcano para el hombre.

Que el marino de guerra muera en la mar es lo probable, puesto que surcándola frecuentemente se halla expuesto á sus iras; pero entre morir en los fragoros de un combate naval, al cual está obligado á asistir por deber patriótico, y perecer en una travesía cualquiera, hay un abismo.

En el primer caso las probabilidades de una desgracia son mayores, porque están previstas; mientras que en el segundo la catástrofe es mayor á causa de ser inesperada.

En las corridas de toros puede establecerse cierto parangón con los casos precedentes, diciendo que el torero escrutado por una Empresa, tiene una obligación que cumplir, mientras que el que toma parte gratis en una corrida de beneficencia, realiza un acto aislado que le coloca fuera del juicio que debe formarse de un mercenario lidiador.

Pues bien — y aquí entro de lleno en el punto más importante para mí de este artículo; — al recordar la muerte del Espartero, no puedo menos de pensar en el escandaloso desahogo con que hoy se invita á los diestros á que toreen gratis, y en las insolentes censuras que se dirigen á los que se niegan á hacerlo.

Reciente está, muy reciente, la invitación hecha á Lagartijo y á Frascuelo para que tomaran parte en la corrida á beneficio de los naufragos del *Rina Regente*. ¿Puede darse nada más insensato que disponer de la vida de dos hombres que están retirados de una profesión donde sufrieron lances sin cuento, y á quienes podía ocurrir fácilmente lo que ocurrió, estando lleno de ardor juvenil, al pobre Espartero?

Prescindiendo de que la caridad no siendo espontánea, pierde su principal atractivo, estaba por decir que su propia virtualidad, ¿quién tiene derecho á beneficiarse de la abnegación ajena, exponiéndola á una contingencia fatal? ¿O es que las corridas de toros son carreras de bicicletas ó función de fuegos artificiales?

¿Que no ocurrirá ninguna desgracia? ¿Pronosticó acaso alguien las cogidas del Tato, la del Espartero y otras tantas? ¿No estuvo Salvador á un paso de la muerte en la corrida á beneficio de *El Gran Pensamiento*? Frascuelo sanó y nadie dijo nada; pero ¿qué indignación hubiera despertado en los aficionados la cogida aquella, si hubiese tenido el desenlace que estuvo á punto de tener?

Vuelvo al Espartero. ¡Con cuánta serenidad toreó de muleta á *Perdigón*! Si al entrar á matar la vez primera hubiese dicho alguien: «Manuel va á ser cogido», todos se hubieran echado á reír. Y, sin embargo, el matador salió por el aire.

La segunda vez es distinto; pero ¿se hubiese atrevido nadie á contar la tremenda jugada? ¿Hubiese habido un espectador capaz de predecir que el toro y el torero quedarían muertos casi á la vez?

Ahora bien; sólo la posibilidad de que pueda suceder eso á un diestro á quien se le invita á torear gratis, debería dar que pensar á los desahogados del día, que en el mero hecho de poner en riesgo evidente la vida de un hombre, á quien se pide graciosamente el sacrificio, lo hacen pasar en caso negativo por un usurero, y lo exponen á los fieros reproches de los que hacen limosnas de pico y se muestran sumamente desprendidos á costa de cualquier cristiano.

Que los servicios de un torero, ofrecidos espontáneamente, se acojan con placer, santo y bueno: esa es la verdadera virtud; pero que se pretenda forjar almas generosas á fortiori, es absurdo siempre, y puede ser hasta criminal tratándose de lidiadores de reses bravas. Cada uno debe ser caritativo cuando le dé la gana ó le parezca bien, no cuando á los demás se les antoje que lo sea. Ahí está Cara-ancha que ha pedido diez mil pesetas para torear en la corrida de Beneficencia. ¿Ha hecho bien? En mi opinión, perfectamente. La Diputación no le ha contestado siquiera, según dicen, y en paz; pero al justipreciar tan alto su labor, el diestro estaba en su perfecto derecho, y no hay que olvidar que la caridad bien entendida, empieza por uno mismo.

Tales son las mal hiladas reflexiones que me ha sugerido el primer aniversario de la muerte del Espartero, de quien, por lo demás, he dicho cuanto tenía que decir en mi libro *Guerrilla*.

Deslavazadas y hasta incoherentes como seguramente lo son, me lisonjea la esperanza de que las aprobarán las personas razonables á quienes van dirigidas en primer término.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

## ANIVERSARIO

DE

MANUEL GARCÍA (EL ESPARTERO)

### SONETO

¡Hoy hace un año! Entre la gasa oscura que circunda el recuerdo de la muerte, vuelve otra vez el pensamiento á verte y á admirar tu valor y tu bravura.

Allí la fiera indómita de Miura, corta tu vida en la arriesgada suerte; allí tu cuerpo está lívido, inerte, esperando la eterna sepultura.

¡Hoy hace un año! La afición taurina sacude poco á poco su letargo, mas nuevo sentimiento la domina;

que por desdicha, desde el trance amargo, el toreo resbala hacia su ruina y el término fatal no ha de ser largo.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

27 Mayo 1895.

## TOREO FESTIVO

— Pero ¿es que hay algún género de toreo que no sea festivo? — preguntará probablemente más de un lector, al leer el epigrafe que llevan las presentes líneas.

Sin duda debe haberlo; porque, á pesar del nombre de fiesta que se da, y está bien dado, á toda corrida de toros, es lo cierto que á cada momento estamos oyendo hablar del toreo serio, del toreo lúgubre, del toreo fúnebre, etc., etc.

La ocasión más á propósito para echar un cuarto á espaldas acerca de esa cuestión de la seriedad, y aun de *La Funeraria*, en sus relaciones con el arte de torear, sería ésta en que LA LIDIA conmemora el trágico suceso que há un año costó la vida al valeroso cuanto desventurado Manuel García; pero tanto luctuoso puede ser que resulte en conjunto este homenaje á la memoria del infeliz torero, y tanto más autorizadas que la mía son las firmas restantes, para que yo no me crea relevado del compromiso de entristecer por mi cuenta al lector bondadoso.

¡Sobre que maldito si sirvo yo para sauce llorón!... De ser algo en tales trances, más me gustaría ser paño de lágrimas.

Sin perjuicio, pues, de las que merece el recuerdo del pobre *Maoliyo*, permítaseme «desengrasar» — si vale la palabreja — hablando de cosas menos téticas que la desgracia ocasionada por el miureño *Perdigón*.

Es indudable que los abusos y excesos á que daba pretexto el llamado «toreo alegre», lo desacreditaron mucho; principalmente, cuando al surgir la famosa competencia entre Lagartijo y Frascuelo, los públicos hallaron algo de más meollo y sustancia para nutrir su afición que aquellas alegrías toreras, trocadas más de una vez en verdaderas payasadas de circo ecuestre.

Pasó esa época en que la lucha entre el de Córdoba y el de Churriana bastó para llenar las Plazas y colmar los deseos de la afición, y el Guerra ha vuelto á poner de moda las llamadas *monerías*, tan celebradas y aplaudidas por unos, como vituperadas por otros.

¿Quién está más en lo cierto?

Averigüelo Neira, que es el Vargas de tales averiguaciones.

No son las «monadas» consabidas — con ser cosa tan agradable y que tanto ameniza un espectáculo, que sin ellas resulta bastante monótono, cuando no se torea de verdad y con la verdad — que es lo importante — no son, digo, las tales filigranas las que me traen á hablar del «toreo festivo», sino aquellas suertes accesorias, pero con *puesto propio*, por decirlo así, en el arte de torear, que tanto gustaban en tiempo de nuestros abuelos, y que han caído ya en completo desuso.

¿Por qué no se parchea ya á los toros? ¿Por qué no se dá el salto del trascuerno? ¿Por qué se ha olvidado la lanzada á pie? ¿Por qué no hay quien ponga en práctica el modo de picar los toros montado sobre otro hombre?...

— Porque todo eso (replicarán los aficionados graves, circunspectos, formalotes y cejijuntos), no es más que pura pantomima y mojiganga.

Cuéntenselo á Montes, digo yo; y si quieren saber la respuesta del gran *Paquiro* — á quien me parece que no recusarán por mojanguero y torero de farsa y extremés — lean la descripción que muy en serio, muy á lo maestro, y con toda clase de prolijos pormenores, da en su celeberrima *Tauromaquia*, Evangelio de esta religión que, cuando más próxima parece á sus postrimerias, con más ímpetus renace y se remoja.

He aquí cómo puntualiza Montes en su Manual (capítulo XIV, artículo 6.º, de la primera parte), la última de las suertes perdidas por cuyo «paradero» acabo de preguntar:

«Del modo de picar los toros, montado sobre otro hombre. — Para ejecutar esta suerte, se pone el diestro montado en el hombro de otro torero, que llevará en la mano la muleta, y el de encima, armado con la vara de detener, como si fuera verdaderamente á picar. De este modo, el que tiene la muleta cita al toro conforme á las reglas que para el manejo de ellas hemos dado, y el de encima, cuando está en la humillación, le pone la garrocha y lo pica. Es inútil decir que quien principalmente hace la suerte, es el de la muleta.»

Todo ello es, según se ve, coser y cantar.

Pero ¿quién cose hoy? ¿Quién canta?

Como no sean, y esto por razón de sus apodos, el *Sastre* y el *Cantares*...

Ríanse ustedes cuanto quieran (si es que osan tomar á risa el sagrado texto de Francisco Montes) leyendo la descripción que dejo copiada; pero convengan conmigo en que si ahora aparecieran dentro de cualquier cuadrilla dos lidiadores que ejecutasen la tal suerte, estos reaccionarios del toreo se llevarían de calle las empresas y los públicos.

Ahí, ahí tienen tela cortada los que andan buscando nuevos alicientes, y nuevos incentivos, y *nuevos horizontes*... Con sólo resucitar lo que se hacía y agradaba en tiempos tan clásicos como los del maestro nunca superado, tienen segura una copiosa cosecha de palmas y contratas que probablemente no alcanzarán intentando, y no logrando torear por lo serio.

Ya que la gente novel no acierte á entusiasmarlos y conmovernos, que no nos aburra al menos y no nos mate de fastidio.

También del toreo puede decirse con Boileau que «*tous les genres sont bons hors le genre ennuyeux*»; y yo no sé que tengan nada de fastidiosas — aparte de la sanción definitiva que les dió Montes — suertes tan arriesgadas y lucidas como la que dejo apuntada, y la tal del salto del trascuerno, y la de la lanzada á pie, y la de parchear.

Con esta última ¡cuánto ganarían muchos toros!

Lo que no fuera en lágrimas, iría en suspiros: y ya que los ganaderos nos ofrecen ejemplares tan desmebrados de sus *bueyifactoras*, bueno sería embellecerlos con aquellos parches de papel de color y vistosas cintas, untados de trementina por un lado, que les pegaban valerosa y ágilmente los lidiadores.

Ya en la época de *Paquiro* se practicaba poco el parchear, y así, al llegar á semejante punto, dice el eximio tratadista (esto de «eximio» se le aplica ahora á cualquiera, en clase de *parche* literario):

«El poner parches á los toros es también una de las suertes más bonitas que se les puede hacer, y no comprendo la razón de haberla abandonado casi del todo. Así es que me parece oportuno decir alguna cosa acerca de ella, aunque no será con la extensión que lo he hecho de otras, y que ésta también merece.»

Y con efecto, no le dedica más que la friolera de ciento siete líneas (y de letra bien compacta en la edición que tengo á la vista); con lo cual queda demostrada la importancia que daba Montes á los tales parches.

Que salga, vuelvo á decir, una cuadrilla cuyos individuos practiquen — amén de lo que suelen hacer los demás — las cuatro suertes mencionadas, con otras por el estilo, y veremos si el «toreo festivo» recobra ó no su pasado esplendor, y quién es el que *corta el bacalao*.

¿Se figuran ustedes que serían los del «toreo serio»?

¡Si cada día toorean con menos seriedad! ¡Si cada día son más informales! ¡Si cada día lo hacen peor!...

Estoy con el sabio autor de la *Crotología*. Nadie se halla obligado á tocar las castañuelas; pero de tocarlas, hay que tocarlas bien.

De meterse á torero serio, hay que estar resuelto á todo, sin meterse en dibujos y *fantasías*, como se resolvió el espada sevillano, á quien tan cara costó su resolución el 27 de Mayo de 1894.

Y de meterse á chirigotero taurino, resucitando los juguetes y entremeses que ya echaba de menos en sus días el bueno de Montes, hay que serlo *secundum artem* y no de oído.

Puesto que los lidiadores parecen empeñados en olvidar el toreo de *chipén*, cultiven siquiera el de *bulipén*, y ande la farándula y salga la carátula.

A falta de pan, buenas son tortas.

A falta de dramas, buenas son comedias.

¡Qué digo comedias!... Más vale un sainete bueno y bien hecho, que un drama malo y mal representado. De no haber *Máiquezes*... ¡vengan *Zamacoisés*!

SOBAQUILLO.

## Á LOS INTOLERANTES

ANTES de dar principio á este artículo, que va dirigido contra los que por capricho ó por otras causas llevan su intolerancia en las corridas de toros hasta un extremo que dice muy poco en favor suyo, quiero tributar un recuerdo á la memoria del infortunado Manuel García (el Espartero), valiente matador que espiró en el Circo de esta corte hoy hace un año,

pues lo mismo en la guerra que en el coso, el que muere en la lid, honra merece.

El pobre *Maoliyo* era un torero de aquellos á quienes sobran alientos para ejercer su oficio, y valor para sufrir las penalidades que frecuentemente ocasiona; tenía, como todos los que cultivan un arte con fe y amor, grandes deseos de gloria; y por obtener ésta, por no perder un quilate de su fama, á tanta costa adquirida, desafió el peligro intrépidamente una y otra vez, y víctima de su irreflexión, perdió la vida con honra. Ese fin tuvieron los inolvidables Pepe-Hillo, Curro Guillén y Pepete; y de todos el más joven y el que menos tiempo pisó la arena fué Manuel, cuya celebridad durará tanto como la de aquéllos; que no era su mérito menor, ni sus prendas personales pueden olvidarse. Como torero, la generación actual ya le juzgó favorablemente; como hombre, Dios habrá tenido en cuenta la caridad inagotable del rumboso *Maoliyo*, á cuyo lado no se llegó jamás pobre alguno que no fuera socorrido espléndidamente.

Y cumplido este deber, continuaré mi campaña contra los intransigentes ó intolerables vocingleros, que en las Plazas de Toros estorban con sus apasionados y muchas veces injustificados gritos, la buena ejecución de las suertes; porque, ya lo he dicho muchas veces, ¿qué tranquilidad puede tener un torero que en el momento de intentar la práctica de un lance de capa, de un pase de muleta, de ir al toro con los palos, oye silbidos, imprecaciones ó insultos, por no haber acertado á interpretar bien el arte en aquel momento? Y esto menos odioso, aunque muy vituperable, porque peor es cuando un espada toma la muleta, y antes de encaminarse al toro, ya es *siseado* ó aturdido con alguna voz insultante de esas que llegan al alma.

Por fortuna, esto no sucede frecuentemente; pero aún hay seres cobardes que, escondidos entre el montón, lanzan la piedra y esconden la mano, y contra ellos me dirijo. Ya que en las Plazas de Toros la *salsa* de la fiesta es el griterío alegre, gracioso y burlesco si se quiere, pero contenido en los límites que cierran la entrada al insulto, ejercitese tan hermoso derecho con cierta cultura; critíquese á unos y á otros á su debido tiempo, *no antes*, y cuídese de no rebajar indebidamente á éste para que resalte más aquél. Los buenos aficionados, los que algo entienden de toreo, no silban, no escarnecen á quien no les gusta, y sin embargo, esos tienen el valor de decir fuera de allí, de palabra y por escrito, lo que su conciencia les dicta, sin temor alguno, sin esconder la mano, porque en este mundo no hay nada indiscutible, ni los toreros son billetes de Banco que á todos gustan. Claro es que, en todas épocas, y ahora puede suceder lo mismo, ha habido un diestro ó dos que se han distinguido sobre los demás, llevándose los de calle; pero que por ensalzar á esos hasta las nubes, quiera hundirse en el polvo á los demás, es llegar al colmo de la intransigencia, de la pasión y de la injusticia.

¿No ha habido nunca hasta ahora entre la gente de coleta, toreros buenos, malos y medianos? ¿Aunque uno solo haya sido el mimado por la opinión más general, se ha echado por el suelo á todos los demás, vituperándolos, sin encontrar nada bueno en ninguno? Cuando la competencia de Cúchares y el Chiclanero, ¿no reconocían los partidarios de aquél que el último estoqueaba mejor que el Curro, y los de Redondo que el otro era más alegre y tenía gran inteligencia? ¿Negaron ésta nunca al Gordito los *Tatistas*, ni los amigos del Gordo pusieron siquiera en tela de juicio la inmejorable manera de estoquear al volapié que el Tato tenía? En tiempos más modernos, ¿quién ha oído decir á ningún lagartijista que Frascuelo no

## LA JORNADA DEL 19

supiera matar toros, ni á los frascuelistas que Lagartijo fuese un ignorante?

Ausente, retirado ó muerto el favorito, acabaron con ese criterio las corridas de toros, y hay que cerrar definitivamente las Plazas del reino, á no ser que Félix Robert, el *ecarteur* francés venga con sus quiebros, saltos y brincos, á cambiar de pronto la faz del espectáculo. ¡Era cuanto nos faltaba! ¡Las Plazas de Toros convertidas en Circos de pantomimas!

¿Por qué esa intolerancia? Si en los primeros pasos de su carrera artística se hubiese tratado con igual dureza al atolondrado joven que en el primer día de su alternativa voló, rodó, y en su estupendo revolcón sacó su traje hecho trizas; si entonces le hubieran ahogado sus nobles aspiraciones, no hubiese después asombrado al mundo el primer matador de toros de su época: el irremplazable Frascuelo. Y lo mismo que con éste, ha sucedido con casi todos; que el ejercicio constante en ese arte, más que en ningún otro necesario, es el que hace los maestros, ó el que los derriba en menos de tres años, si la aptitud no responde á los deseos. Despreciando todo sin conceder nada, se enfían los entusiasmos, se enfrían las aspiraciones, y se matan en flor, las tal vez futuras realidades.

Matad, ilusos intolerantes; matad si os es posible la afición taurina en Madrid, diciendo que todo cuanto en su gran Plaza se ve actualmente, nada vale y es detestable.

Simbolizad si queréis en una sola persona el arte, la gracia, la inteligencia y el valor, y conseguiréis adormecer, *por el pronto*, el entusiasmo que siempre ha sentido este noble pueblo por la fiesta nacional.

Y cuando esto suceda, no os quejéis de que la prensa enmudezca por no ser leída; que vosotros los que renegáis de las defensas que en otro tiempo hicisteis del toreo clásico, legítimo, sin adornos ni supercherías, sosteniendo *la verdad* contra *la mentira*, seréis los primeros que lamentaréis la pérdida del espectáculo netamente español, por esencia y accidentes. Con esa conducta fomentaréis sin saberlo, la aversión á las corridas de toros que intentaron sembrar hace algunos años, con exagerado sentimentalismo, las sociedades protectoras de animales; y si por vuestro error, al tratar con dureza á los jóvenes y entusiastas toreros que aspiran á ocupar buen puesto, llegase un día — que no llegará, pese á quien pese — en que las corridas de toros no se celebrasen, contad con las enormes pérdidas que sufrirán todas las clases de la sociedad por tal motivo.

Adiós, periódicos taurinos que á tantos pobres sostienen; adiós, servidumbre de la Plaza, que en número de más de quinientas familias os mantenéis del jornal que la fiesta os proporciona; emprended otro oficio los toreros, los tratantes en ganado, y roturen sus dehesas los ganaderos, vendiendo al peso las reses que hasta ahora les rendían buen producto; y la Diputación provincial que cierre algunas salas de los hospitales, si no arbitra otros recursos para mantenerlas; que ya no habrá empresario que ofrezca cerca de un millón de reales por arriendo y beneficios, y el Estado que cobre de otros la enorme contribución... Pero á qué continuar, si tal estado no ha de llegar, no puede llegar ni llegará nunca, porque «los ciegos abrirán los ojos», y lo imposible jamás se realiza.

A pesar de la intolerancia, de la intransigencia, de todas las malas pasiones que quieran ponerse en juego, la fiesta de toros, con buenos toreros, con malos y con medianos, subsistirá muchos años, muchos...; y la mejor prueba, es la de que hoy se colma de aplausos á los que hace treinta años hubieran sido despreciados. Variará el gusto, pero la esencia será la misma.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

## Á MAOLIYO

Has sido en el redondel  
inteligente y sereno,  
y caritativo, bueno  
y expansivo fuera de él;  
y aunque la Parca crüel  
la existencia te cortó,  
el pueblo no te olvidó  
ni perderá tu memoria,  
que en el templo de la gloria  
él mismo te colocó.

FELIPE G. ONTIVEROS.

27 Mayo 1895.

CON éxito superior á las más halagüeñas esperanzas, ha realizado Guerrita, el 19 del actual, fecha que pasará á la historia, la hazaña nunca vista hasta ahora, de torear tres corridas en un solo día, en tres Plazas diferentes: á las siete de la mañana, en San Fernando; á las once, en Jerez, y á las cinco de la tarde, en Sevilla.

Seis toros del Saltillo en la primera; seis de Cámara en la segunda, y seis de Muruve en la tercera. Lucharon en las corridas citadas, en las cuales, Pepete, Fabrilo y Fuentes, han acompañado al cordobés.

Nueve estocadas en los rubios y dos pinchazos, dieron cuenta de los nueve toros que Guerrita mató, de un modo, como se ve, superior á todo encomio.

Ovaciones en San Fernando, ovaciones en Jerez, ovaciones en Sevilla; las tres corridas han sido para Guerra una serie ininterrumpida de victorias; una verdadera marcha triunfal, homenaje merecidísimo á la maravillosa maestría del torero, á la resistencia fenomenal del hombre.

En las tres corridas ha pareado, ha bregado sin cesar, ha hecho quites, derrochando el caudal de su toreo primoroso, dando pruebas de una agilidad y de un vigor imponderables, en un admirable *crescendo* que llegó al máximum de la sonoridad — si puedo expresarme así — en la última Plaza, en la de Sevilla.

Todos los telegramas comunicados á la prensa de Madrid, están contestes en afirmar que el 19 de Mayo ha sido un día glorioso para Guerra.

Ningún corresponsal moteja ni uno solo de los trabajos del fenómeno; la unanimidad más abrumadora viene á demostrar á los enemigos del gran torero, que la famosa jornada quedará en la historia de Rafael como página insuperable.

Esos telegramas contienen un entusiasmo comunicativo; nótese en ellos que han sido redactados bajo la primera impresión, y dírase que están impregnados del medio ambiente henchido de aclamaciones que ha acompañado á Guerrita en las tres corridas de toros.

Y no es extraño. Aun prescindiendo de las faenas del maestro, que han sido en conjunto maravillosas, hay en el resultado de la jornada del 19, una circunstancia digna de tenerse en cuenta, y que encierra un dato consolador.

Como si hubiese querido probar que en este fin de siglo de degenerados, existen aún empujes de atavismo capaces de recordar los esplendores de una raza extinta, Rafael Guerra ha hecho alarde de una fuerza física, de una frescura de sangre, de un hervor de vida, de un despilfarro de energías tan portentosas, que la inmensa mayoría de los españoles, es decir, de los anémicos, de los inficionados, de los polidos, debería levantarlo sobre el pavés, y presentarlo ejemplar envidiada de valentía y fortaleza, á la admiración universal.

¡Bah! Ya sé que no faltarán quienes sonrían desdeñosamente al leer el precedente párrafo, guerreros de café que giran batallas alrededor de una mesa, y salen por pies en cuanto suena un tiro.

Presumo también que habrá émulos de Manoliyo Gázquez y de Tartarin de Tarascón, que, empuñando condicionales conjunciones, nos digan que *si* Pedro Romero hubiese querido, *ó si* Montes hubiese tropezado con un empresario, *ó si* en aquellos tiempos existieran vías férreas, etc., etc., Guerrita hubiese quedado á la altura de lo que es: de un matador de chotos.

Esto sin contar — ni que decir tiene — con que entonces los toros tenían siete años cumplidos, sesenta arrobos uno con otro, y cuernos de diez varas, más bien más que menos. Y morían todos de sendas estocadas recibiendo, hasta la mano, después de faenas de muleta extrahumanas, con los pies parados y adelantando este costado ó el otro, y enhiándose, y perfilándose y arrancándose de un modo ideal, que hacía prorrumpir en frenéticos aplausos al propio Padre Eterno.

Pero ello es que las edades áureas del toreo no conocieron hechos como el del 19 de Mayo, y que estaba reservado á un matador de chotitos verificar lo que nunca llevó á cabo ninguno de los pasados monstruos.

No; digan lo que quieran los barómetros enmohecidos que marcan al revés los cambios de tiempo, la jornada del 19 ha sido por parte de Guerrita, una elocuentísima contestación lanzada al rostro de sus enemigos.

El movimiento se demuestra andando, y andando ha demostrado Guerrita que los insultos que se le lanzan por ahí, poniendo en duda su maestría y su valor, son huera declamaciones arrancadas al despecho, á la envidia, á un instinto perverso ó á una obcecación senil.

Así, sólo así deben contestar siempre los toreros de vergüenza, los que viven de los favores del público, y saben que una mala faena pesa en la reputación de un diestro más que cuantas censuras, por acerbas é injustas que sean, se enderecen al hombre.

Si las tres famosas corridas de Rafael hubieran traído aparejada una derrota, ¡sólo Dios sabe los denuestos de todo linaje que los antiguerristas que pululan en la prensa mucho más que en el público, hubiesen lanzado contra el gran cordobés!

Guerrita ha hecho que el clamor de la satisfacción colmada se trueque en el silencio de la airada decepción, y que los que esperaban seguramente que la jornada del 19 dejase algún intersticio por donde pudiera penetrar la censura, tasquen el freno y queden guardando mejor ocasión para el ansiado desquite.

Entre tanto, hay que confesar que es triste, muy triste, que unos cuantos caballeros que tienen á Guerrita montado en la nariz, y no desaprovechan pretexto alguno por nimio y odioso que sea, para vilipendiar en su amor propio de torero y en su dignidad de hombre al céebre diestro, hayan sido causa de que éste se viera precisado á alejarse de Madrid, y priven á millares y millares de aficionados de admirar al primer torero de España, al maestro sin rival, que presta á las corridas de toros un encanto incomparable, y despierta en todas las Plazas unánime y fervido entusiasmo.

Ya se sabe lo que está ocurriendo en el templo cortesano del arte. La cosa es tan lamentable, que vale más no ocuparse de la formidable *débâcle*; pero hay que ver el cariño verdaderamente cómico con que tratan ahora de proteger, de arropar amorosamente á los toreros que actúan en la Plaza de Madrid, los mismos que se revolían como víboras contra Guerrita, y buscaban en sus faenas defectos ridículos para amenguar su valer.

Todas las lanzas que esgrimían contra Guerra, se vuelven ahora cañas al juzgar el trabajo de sus compañeros de profesión; los risibles tiquismiquis de la pedantería que salían á relucir con el objeto de manchar la fama del diestro, han desaparecido completamente para ceder el puesto á los mimos más conmovedores, á los más deliciosos eufemismos.

Y en toda esa bisutería literaria que hace reír; en ese prurito imbécil de engañar á los demás, engañándose á sí mismo, se ve de un modo clarísimo el sedimento del despecho, palpita la tristeza negra y honda de una convicción: la convicción de que cuanto más se trata de dorar la píldora de la mentira casera, resplandece más y más el oro puro de la verdad ausente.

¡Lamentable labor la que tiende á mortificar á lo que se impone sin remedio, cubriendo con manto de mentiría la compasión lo que no puede llenar las aspiraciones del público, ni tiene, por lo tanto, condiciones de viabilidad!

Pero hay, no obstante, algo que está por encima de toda esa masonería desquiciada. Ese algo es el interés común, es el clamor general que protesta contra lo que está ocurriendo en la Plaza de la corte, y traerá muy pronto, no hay que dudarlo, saludable reacción.

La jornada del 19 es un gran paso para esa reacción; los continuados triunfos de Guerrita responden elocuentemente á la inaudita campaña de difamación emprendida hace algún tiempo, y proseguida hoy con más ahínco que nunca por los sañudos enemigos del diestro cordobés.

Las calumnias que contra él se profieren y los escándalos que se presencian en nuestro Circo taurino, han formado espesísima nube, que va envolviendo rápidamente á la Plaza madrileña y sumiéndola en profunda oscuridad.

La atmósfera está irrespirable; la gente se asfixia y pide á voces aire fresco, aire puro que renueve el ambiente de la primera Plaza española, y le devuelva sus perdidos prestigios.

La metáfora será muy cursi; pero nadie negará que esta situación es insostenible, y que se impone más cada día la única solución. Esa solución está en todos los ánimos; es una necesidad que reclaman de consumo los intereses de los aficionados y la honra misma de la fiesta nacional.

Por mi parte afirmo que estallará la nube, y que Guerrita caerá desde ella para continuar en Madrid los fastos del arte de Lagartijo y de Frascuelo, interrumpidos hoy por circunstancias de todos conocidas.

El tiempo, que es gran maestro de verdades, me dará la razón; y Rafael Guerra, separado momentáneamente de nosotros, por las iras incalificables de una minoría exigua, volverá á Madrid, donde le esperan impacientes cuantos posponen las pequeñas miserias al porvenir del arte, y ven en el gran maestro de Córdoba la única áncora de salvación.

DON JERÓNIMO

## BRONCA EN EL 2

Se mataba el quinto toro  
de una corrida muy mala,  
pero que dió al Empresario  
si poca honra, mucha plata.  
Mataba... ya no me acuerdo  
de quién era el que mataba;  
uno de los grandes: de esos  
que llevan gente á la Plaza,  
y á los cuales debe sub-  
vencionar la Arrendataría,  
por las muchas tagarninas  
que en tal ocasión despacha.  
Como mal, si lo hizo mal  
la eminencia tauromáquica,

ann cuando cobró mil duros y hubo que darle las gracias.

Cuatro reses — ¡infelices! — llevaba despabiladas, unas á campo-traviesa y otras á salto de mata, cuando al son de los clarines cogió el estoque de tanda, y hacia el quinto animalito se fué con bastante pausa. No hablemos de la faena, que fué deslucida y zafia, como de quien se ha propuesto encarecer las patatas. Telonazos en el rabo, recursos... de circunstancias, pinchazos en el hocico y en el testuz y en las ancas; hasta que al fin, de un sablazo, no sé si en quinta ó en cuarta, dejó descansar al bicho... y escuchó pitos y palmas.

En el 2 se armó la bronca del siglo. Hubo bofetadas, bastonazos, pateaduras, chichones como naranjas, y gritaron las mujeres é intervinieron los guardias, llevándose al Abanico á unos cuantos entusiastas, por si fué ó no recibiendo ó á volapié la estocada...

Bueno; pues según me dijo un revistero de fama, lo que hubo, fué un bajonazo de esos que tiran de espaldas.

EDUARDO DE BUSTAMANTE

## UN RECUERDO

Tristísima significación tiene desde el año pasado la fecha del 27 de Mayo.

El día en que vimos caer para no volver á alzarse sobre la arena de nuestra Plaza, á uno de los toreros más valientes que han pisado el ruedo, no se borrará nunca de la memoria de los verdaderos aficionados.

Y digo de éstos principalmente, no sólo porque á ellos alcanzan en primer término las consecuencias de la todavía no bastante llorada tragedia, sino porque aquella tarde, á pesar del sincero dolor que embargaba mi ánimo, pude hacer una observación que consigno con pena por el insignificante lugar que ocupó en las filas de la humanidad, con orgullo por el no mucho más importante que tengo entre la de los apasionados y defensores de las lidias de toros.

A los pocos momentos de cundir la triste noticia que del infortunado Manuel García (el Espartero), no quedaba en la tierra más que el inanimado cuerpo que sirvió de vaso á su alma grande y valerosa, la multitud que llenaba la Plaza parecía dividirse en dos grandes grupos.

En el uno, quizá el mayor, á la estupefacción, al sobrecogimiento, no tardó en suceder la alegre indiferencia, el bullicio regocijo de todas las tardes. En el otro, grande también, pero más escaso en número, una sombría tristeza, un hondo pesar, apagó todo entusiasmo y ahogó toda expansión.

Es más, en el primero no se vió una deserción sola. Del segundo, no pocos espectadores dejaron sus asientos con los ojos llenos de lágrimas y el corazón oprimido por los sollozos.

Aquéllos, los alegres, los indiferentes, los expansivos, eran los que sólo van á la Plaza una vez al cabo de cuando, y no por cierto á apreciar las suertes, sino á consumir á largos tragos el contenido de la plebeya bota, ó á masticar con delicados y pulcros dientes el aristocrático emparedado. Estos, los tristes, los verdaderamente acongojados, los apenados de todo corazón éramos los empedernidos, los asiduos, los que cien veces nos hemos oído llamar poco menos que salvajes, porque no damos muestras de ese sentimentalismo cursi que se afecta ante la herida de un caballo, y ve casi con regocijo la cogida de un hombre.

Siendo niño todavía, presencié un espectáculo idéntico la tarde de la muerte del desventurado Pepete. Si entonces lo escaso de mi edad no me permitió darme exacta cuenta del hecho, hace un año puede apreciarle en toda su extensión.

A falta de otro mejor, este es el recuerdo que hoy

dedico á la memoria de Manuel García (el Espartero), el hombre con quien me unió tan desinteresada como leal amistad; el matador de toros en quien siempre aplaudi el arrojo y una valentía en que pocos le han igualado y tal vez nadie le superó.

ANGEL R. CHAVES.

## 27 de Mayo de 1894.

El que al pobre Espartero conocía, es imposible que del pecho aparte el recuerdo funesto de este día, y del bravo torero, en quien veía valor, serenidad, vergüenza y arte.

GONZALO S. DE NEIRA.

27 Mayo del 95.

## TOROS EN MADRID

7.<sup>a</sup> CORRIDA DE ABONO. — 26 DE MAYO DE 1895.

Hoy del valiente Espartero invoca la musa mía la inolvidable memoria, para que el arte torero cuente y sume en este día otra jornada de gloria.

Que no en balde, recordando la solemnidad de ciertas fechas memorables, los corazones españoles late á impulso del patriotismo y de la nobleza.

La muerte, que borra todo género de defectos, es á la vez reveladora de muchas verdades; y si bien es cierto que el pobre Manuel García no llegó á la meta en la carrera de que fué morir, también lo es que así y todo, no pudo apreciarse lo que valía, hasta su falta, puesto que desde aquella malhadada tarde, ninguno de sus sucesores ha venido á rebasar la línea que dejó marcada.

Pero dejemos tan tristes recuerdos de la novena corrida de abono del año 1894, y pasemos á reseñar la séptima de igual clase del corriente año de gracia, á la que tocó el turno en el día de ayer.

El oportuno título del cuadro genérico del otro malogrado artista, Enrique Méiá, *Se agüó la fiesta*, tuvo perfecta adaptación á la séptima corrida de abono, que anunciada para el jueves, festividad de la Ascensión, hubo de suspenderse por lluvia, verificándose aver domingo, bajo el mismo programa, ó sea con seis toros de la ganadería del Excmo. Sr. D. Eduardo de Ibarra, de Sevilla, lidiados por las cuadrillas de Fernando Gómez (el Gallo), Luis Mazzantini y Emilio Torres (Bombita).

Y en su puesto toreros y espectadores, saco el lápiz y brindo por mis lectores.

1.<sup>o</sup> *Grillito*; negro bragado, fino, recogido de cuerpo y corto y abierto de astas. Blanco como la manteca, cada vez que probaba el hierro, solía como alma que lleva el diablo, y lo probó media docena de veces que se pusieron delante el Chato y el Artillero, sin más desavío que una caída al primero. En igual situación pasó al segundo tercio, saliendo de avanzada Gonzalito, que clavó un buen par sobre corto, y repitió luego al relance con otro bueno, y el Guipuzcoano (¡muy señor mío!) uno abierto y otro aprovechando, pero todo lo mal posible. Y dejándose manejar, pasó á la jurisdicción del veterano torero el Gallo (que vestía gentilmente de grana y oro), quien, previos dos pases naturales, tres de telón y uno cambiado, cuarteó un pinchazo. Uno natural y otro en redondo, para una estocada, también en cuarteando, que resultó ida y con tendencias, y un descabello al segundo golpe. (Aplausos.)

2.<sup>o</sup> *Piñero*; negro bragado, girón, rebardo, fino, de buena alzada y abierto de pitones. D. Luis le saluda con tres lances, movidos ellos y tomando el olivo él, después de lo cual, toma la fiara con mucha voluntad tres varas del Chato, que envaina en una y cae en do; cuatro del Artillero con una costadita suave, una del reserva, con igual resultado, y otra de Pimienta, quedando un caballo en el reposo eterno. Quedándose la res en banderillas, y después de dos salidas en falso, el Luis pequeño deja un par pasado y abierto y otro al cuarteo regular; y Galea otro de sobaquillo, caído, y medio aprovechando. Incierto y con facultades á la muerte, D. Luis, de negro y oro, le torea 13 veces al natural y ocho con la derecha, para un pinchazo en hueso, á volapié, por el terreno de dentro. Otro natural y tres con la derecha, para una estocada superior á volapié. (Aplausos.)

3.<sup>o</sup> *Barberito* era el tercero, y según vimos después, abundaban en la res intenciones de *barbero*;

pues voluntario y pegajoso en varas, trató de afeitarse siete veces á Pimienta, el Inglés, Cigarrón y Artillero, metiéndoles la cara en jabón, digo en barro, en dos ocasiones al primero y tercero, y desolando horriblemente á dos espléndidas jacas. Se quedó para la suerte subsiguiente, cuarteando Saleri un buen par y tirando medio, y dejándolo otro al cuarteo, orejero, el Ostioncico. ¡Por vida del diminutivo! Noble en la última parte, Bombita, de aceituna y oro, manejó el trapo con tres naturales, uno de telón, dos cambiados y uno en redondo, para un pinchazo á volapié, bien señalado. Uno natural y dos cambiados, para media á volapié, atravesada, y otro natural, para otra tendida en igual forma.

4.<sup>o</sup> *Centello*; negro bragado, fino, de hermosa lámina y muy apretado y vuelto de cornamenta. El Gallo se abre de capa, y resultan tres verónicas, una navarra y dos de firol, de esas del toreo clásico, y... boca abajo todo el mundo. Todavía dura la ovación. El toro se colocó á la altura de las circunstancias, y bravo, duro y seco en la pelea, arremetió siete veces al Inglés, Pimienta, Artillero y Cigarrón, rodando éste y el primero en dos acometidas, y quedando en clase de *felpudos* tres caballos en el ruedo. Hay que advertir que los matadores se excidieron á sí mismos en los quites, y hasta hubo conatos de *alalimón* y otras menudencias. Ya en el camino del progreso, toman los palos los espadas, y mientras se cruzan cumplidos, sonrisas y deferencias, el Circo se convierte en un inesperado

hipódromo por obra y gracia de un caballo desesperado. Después de este espectáculo imprevisto, que hasta hizo volver en sí á un potrillo yacente, el toro se colocó en buenas condiciones, para que Bombita le adornase con un par al cuarteo, mediano, D. Luis con otro en igual forma, entrando bien, y el Gallo con otro delantero, previo un alegre preparativo.

En iguales condiciones pasó el toro á manos del Gallo, que adornándose en la brega, dejó una estocada á paso de banderillas, descolgada y pasada; un pinchazo en hueso, cuarteando, y otra estocada hasta la cruz, pasada y contraria, volviendo la cara.

5.<sup>o</sup> *Tortolillo*; cárdeno obscuro, bragado, grande y buen mozo y bien colocado de armadura. Bravo y creciéndose a hierro, tomó 10 puyazos de Cigarrón, el Chato y el reserva, desmontándolos en cuatro, y matando tres caballos. Incierto en banderillas, Tomás cuarteó medio par regular y uno al relance, abierto; y Juan medio, igual que su compañero, y otro también al relance, bueno, saliendo entre ambos cuatro veces en falso. Mazzantini hizo la siguiente faena, estando el toro algo quedado: siete naturales, ocho con la derecha y un pinchazo á volapié, encogiendo el toro; otro pinchazo en hueso sin soltar; uno con la derecha y una estocada á volapié, un poco caída, y tres intentos de descabello.

6.<sup>o</sup> *Vendaval*; negro zaino, terciado y abierto, largo y fino de defensas. Gallo quiebra de rodillas como él solo sabe hacerlo. Con voluntad, toma siete lanzas de Cigarrón, Inglés y el reserva, por dos caídas, y quedan en el ruedo dos caballos heridos anteriormente, que rematan con la puntilla. El Torerito de Madrid cuarteó el mejor par de la tarde, y repite con medio regular; y Ostioncico cava otro al cuarteo, bueno, acudiendo el toro, que en igual situación pasa á la muerte, que se la da Bombita, previos cuatro pases naturales, dos de telón, uno cambiado y dos en redondo, de una estocada hasta la mano, á volapié, y un descabello á la primera.

### RESUMEN

El ganado de Ibarra, acreditando una vez más la finura y nobleza de la casta. Todos, sin excepción, han sido finos de lámina, y algunos excediendo las proporciones acostumbradas en la ganadería, que se distingue por lo terciado de las reses, aparte de su invariable y excelente presentación. Para la lidia, han sido bravos y voluntarios en general, en el primer tercio, y sin dificultades de bulto para los restantes; antes al contrario, algunos de ellos sobrado nobles, y á propósito para desquite ó encumbramiento de cualquier matador de conciencia. Un aplauso al ganadero y al empresario por esta corrida.

**El Gallo.** — Otra buena y legítima tarde para el simpático diestro. En el primero, toreó con mucho lucimiento y adornándose con la muleta, particularmente en los pases en redondo y cambiados. Al herir estuvo breve, aunque lo hizo echándose fuera y á distancia. En el cuarto, no se cedió tanto con el trapo, sin que por esto dejase de sacar todo el partido que sabe y puede sacar toreando; y con el estoque, aunque con los pequeños defectos que de antiguo le conocemos, aceptable y oportuno. En el resto de la lidia, superiorísimo de verdad los lances de capa, el quiebro de rodillas, el cite á banderillas, los quites con largos, etc., de los de cátedra y de los que se ponen como ejemplo en el arte de torear. El público satisfechísimo con el diestro, y éste más satisfecho todavía con la alegría propia de un chiquillo que no trató de ocultar.

Mil plácemes.

**Mazzantini.** — La faena del segundo, de algún compromiso y poco lucimiento para el diestro, con la muleta. Hiriendo, entró la segunda vez particularmente, con muchos deseos. En el quinto, empezó la brega entablandose indebidamente y moviéndose con apuro, enmendándose luego, hiriendo siempre por derecho y con buena voluntad. Pero el triunfo de D. Luis estuvo ayer es tres quites colosales que hizo á los picadores, evitando tres cornadas seguras, y de aquellos que no habían vuelto á parecer desde que Frascuelo abandonó la arena; es decir, aguantando y metiéndose materialmente en los cuernos. Mazzantini tuvo ayer un desquite honroso, que sinceramente celebramos.

**Bombita.** — Variada y no exenta de desplantes, que se aceptan según los gustos, fué su faena del tercero, que resultó movida, aunque el diestro torease de cerca. Con el estoque no alcanzó tanta fortuna. También de buen efecto y adornándose, aunque no tan ceñida como la anterior, fué la del último, estando en cambio mucho más acertado al herir. En el resto de la lidia no desmereció.

De los picadores, el Chato y el Inglés en algunas varas. Con las banderillas, el Torerito de Madrid en primer lugar, Gonzalito y Saleri. La Presidencia, acertada; la tarde buena, y la entrada, como las anteriores.

Corridas en puerta: día 30, Aranjuez, con toros de Patilla, hoy Hernández, lidiados por Reverte y Fuentes; día 2, Beneficencia: reses por mitad de Veragua y D. Félix Gómez, á cargo de las cuadrillas de El Gallo, Mazzantini, Bombita y Lesaca, con alternativa.

He dicho.

DON CÁNDIDO.

### ADVERTENCIA

Como en años anteriores, siguen teniendo la representación exclusiva de LA LIDIA:

En Lisboa, D. José G. Froes de Nery, Travessa da Gloria, 32.

En Buenos Aires, D. Luis Cambray, Rivadavia, 512.  
En Veracruz, D. Nicolás Forteza, Juárez, 51.

## ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

JULIAN PALACIOS

27, CALLE DEL ARENAL, 27.—MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.

Imp. y Lit. de Julián Palacios. Arrenal, 27. — Teléfono 133.

LA LIDIA



R. Esteban lit.

D. Forca

MANUEL GARCÍA (El Espartero). - † en la Plaza de Madrid el 27 de Mayo de 1894.

Estab. Tipográfico.

J. Palacios. Arenal, 27.